

A la mañana siguiente tomamos el tren, y mientras cruzaban rápidamente á nuestra vista los campos ubérrimos, los árboles copudos y el cielo azul, Holmes y yo charlamos.

—¿Qué opináis de todo esto, amigo Watson?

—Hombre... pues la verdad: no me parece que volvéis muy satisfecho.

—Todo lo contrario, querido. ¡Satisfechísimo!

—Stanley Hopkins...

—Stanley Hopkins, querido Watson, es un imbécil. Me he llevado un solemne chasco con él; le creía de mucho más talento. En todo asunto hay dos hipótesis que seguir: una la favorable y otra la contraria.

—¿Cuál es la segunda en este caso?

—La que yo estoy siguiendo. Tal vez me equivoque; pero estoy dispuesto á ir hasta lo último.

—

Quando llegamos á Baker Street nos encontramos una porción de cartas encima de la mesa. Abrió Holmes la primera, y después de leerla lanzó un grito de triunfo.

—¡Magnífico, Watson! Mi hipótesis se va haciendo certeza. ¿Tenéis ahí impresos de telegramas? ¿Sí? Perfectamente. A ver, escribid; despachos: «Summer, comisionista marítimo, Ratdiff Highway.—Enviadme tres hombres mañana á las diez.—Basil.» Este es mi nombre de guerra. Ahora otro: «Inspector Stanley Hopkins, Lord Street Brixton, núm. 46.—Venid á almorzar mañana á las nueve y treinta. Telegrafiad si no podéis.—Sherlock Holmes.» ¡Ajaja! Esto va tocando á su fin. Ahí tenéis lo que son las cosas, amigo Watson. Hace diez días no dormía pensando en el asunto, ahora ya me tiene sin cuidado.

—

El inspector Hopkins fué exacto á la cita, y en cuanto llegó nos sentamos á la mesa á hacer los honores al almuerzo que nos había preparado mistress Hudson. El joven *detective* parecía muy orgulloso de su triunfo.

—¿Qué, estáis satisfecho?—preguntó Holmes.

—Ya lo creo. Pocas veces se presentará tan claro un asunto.

—Sin embargo, Hopkins, sin embargo...

—¡Cómolo! ¿Pero todavía dudáis, Sr. Holmes.

—¿Y cómo no? ¿Creéis infalible vuestro sistema?

—Infalible, no; pero tengo casi la seguridad de que es el verdadero. El joven Neligan llegó al hotel Brambletye la noche del crimen, diciendo que venía á jugar al *golf*. Su cuarto estaba situado en el

piso bajo, y, por lo tanto, podía entrar y salir sin que nadie se enterara. La noche misma de su llegada fué á Woodman's Lee; vió á Pedro Carey, tuvieron un violento altercado, y, por último, le mató clavándole un arpón en el pecho. Aterrado de su crimen salió huyendo, dejando caer inadvertidamente el cuaderno que había llevado para afianzar las preguntas que pensaba hacer al capitán respecto de los valores de su padre. Recordaréis que en esa lista hay algunas cifras señaladas, sin duda las referentes á los títulos vendidos en Londres. El resto de los valores debían estar, indudablemente, en posesión de Carey, y el joven Neligan intentaba recobrarlos para rehabilitar la memoria de su padre. Después de su fuga dudó unos días en volver para cerciorarse de si dichos valores estaban en el camarote. Por fin se decidió y ya sabéis lo ocurrido. Me parece que todo esto es sencillamente claro.

Holmes sonrió moviendo la cabeza.

—Salvo que todo eso es completamente falso, no está mal. ¿Habéis probado á atravesar un cuerpo con un arpón? No, ¿verdad? Pues debísteis hacerlo, querido colega, debísteis hacerlo. Mi amigo Watson puede deciros que yo he pasado toda una mañana entregado á ese ejercicio, y creedme: no se trata de una cosa muy fácil. Se necesita para ello tener un brazo muy fuerte y una gran costumbre de ello. Ya recordaréis que el golpe fué dado con tal violencia, que la punta del instrumento se clavó en el suelo después de atravesar las carnes. ¿Cómo pudísteis

pensar que un hombre tan débil hiciera una cosa semejante? ¿Era ese el hombre que estuvo bebiendo rom con Pedro Carey? ¿Era acaso su perfil el que vió á través de los visillos el albañil Slater? No, y mil veces no, Hopkins. Suponer lo contrario á lo que os digo, sería negarse á reconocer de día la luz del sol.

El rostro del *detective* se había ido alargando conforme Holmes amontonaba objeciones. Poco á poco se iban desvaneciendo sus esperanzas de triunfo, pero no renunciaría á la lucha.

—Sin embargo, Sr. Holmes, no podéis negarme que Neligan estuvo esa noche precisamente en el camarote; su cuaderno lo atestigua. Vos podéis soñar cuanto queráis; yo me atengo á la realidad de los hechos. Y si no, vamos á ver: mientras vos pensáis en un asesino imaginario é intangible, yo tengo bajo llaves y cerrojos á un hombre abrumado por un sin fin de pruebas. ¿Dónde está ese feroz asesino?

—Me parece—dijo Holmes tranquilamente—que ahora mismo sube la escalera. Creo, amigo Watson, que haréis bien en tener preparado el revólver.

Holmes se levantó, y poniendo encima de la mesa una cuartilla escrita, continuó:

—Ahora ya puede entrar.

Sonaron voces broncas y rudas en el pasillo, y la señora Hudson abrió la puerta, diciendo que tres hombres deseaban hablar con el capitán Basil.

—Que entren uno á uno—contestó Holmes.

Así lo hicieron.

El primero era un hombrecillo de rostro encendido y grandes patillas blancas. Holmes sacó una carta del bolsillo.

—¿Cómo os llamáis?

—Jacobó Lancaster.

—Lo siento mucho, Lancaster; pero la plaza está ya dada. Tomad este medio soberano por la molestia y tened la bondad de pasar á esta habitación y esperar un instante.

El segundo era un hombre alto y delgado, de cabellos largos y pómulos salientes.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó Holmes.

—Hugo Pattius.

—Lo siento mucho, Pattius; pero la plaza está ya dada. Tomad este medio soberano por la molestia y tened la bondad de pasar á esta habitación y esperar unos instantes.

Entró el tercero. Era un hombre hercúleo, con una cara de *boule-dogne* encerrada entre las dos enmarañadas selvas del cabello y de la barba. Bajo las espesas cejas centelleaban dos pupilas negras. Saludó torpemente, y dando vueltas al gorro entre las manos, esperó á que le preguntaran.

—¿Vuestro nombre?—dijo Holmes.

—Patrick Cairus.

—¿Arponero?

—Sí, señor. Veintiséis viajes.

—¿Sois de Dundée?

—Sí, señor.

—¿Qué sueldo deseáis ganar?

—Ocho libras mensuales.

—¿Podéis partir en seguida?

—En seguida; en cuanto tenga hecho mi equipaje.

—¿Tendréis documentos...?

—Sí, señor.

Y sacando del pecho una cartera grasienta se la entregó á Holmes. Este la examinó rápidamente, y devolviéndosela, le dijo:

—Perfectamente. Sois el hombre que necesitaba. Aquí está el contrato. Firmad.

El marino atravesó la habitación, y cogiendo la pluma, preguntó:

—¿Dónde hay que firmar?—dijo inclinándose sobre la mesa.

Holmes dió un salto, y apoyándose en su espalda le abrazó.

—¡Ya está!

Oi chirriar de cadenas y un mugido de toro furioso. Un segundo después Holmes y el marino rodaban por el suelo. La fuerza de Cairus era tal, que á pesar de las esposas que Holmes le había puesto con tanta destreza, no lo hubiera pasado muy bien nuestro amigo á no acudir en su ayuda. Cuando el arponero sintió en las sienes el cañón de mi revólver, comprendió que era inútil toda resistencia. Conseguimos atarle los pies con una soga y nos levantamos los tres resoplando y jadeantes.

—Perdonadme, amigo Hopkins, por haber suspendido tan violentamente el almuerzo—dijo Hol-

mes sonriendo;—pero supongo que almorzaréis con mucho más apetito sabiendo que ya tenemos al criminal, al verdadero criminal.

Stanley Hopkins miraba á mi amigo con ojos desorbitados por el asombro.

—La verdad, Holmes, estoy estupefacto. Ahora comprendo claramente dos cosas: que desde el primer momento me he portado como un imbécil, y que nunca llegaré á ser tan listo como vos. Os confieso, maestro, que todavía, después de ver lo que he visto, no sé cómo lo habéis descubierto todo y cómo habéis logrado que el mismo asesino haya venido á entregarse.

—¡Bah!—contestó Holmes.—No tiene nada de particular. Y esto os servirá para no dejaros engañar otra vez por las apariencias. Estábais de tal modo entregado á la pista del joven Neligan, que no tuvisteis tiempo de pensar en Patrik Cairus, el verdadero asesino de *Pedro el Negro*.

La voz ruda del marino dominó las de Holmes y Hopkins.

—¡Ehl Poco á poco. Una cosa es que me resigne á que me hayáis tratado de este modo y otra el que consienta que falseéis la verdad de los hechos. Se os está llenando la boca diciendo que he *asesinado* á Pedro Carey y no es verdad: yo le he *matado*. Hay alguna diferencia.

—A ver, á ver, tened la bondad de explicarnos eso—repuso Holmes.

—No tengo inconveniente y así se sabrá la ver-

dad de lo ocurrido. Yo obré en legítima defensa. Cuando ví á *Pedro el Negro* abalanzarse contra mí con un cuchillo en la mano, cogí un arpón de la panoplia y se lo tiré con todas mis fuerzas; yo le conocía de antiguo y me constaba que no era hombre que retrocediera ante una muerte. Como véis, no se trata de un asesinato; sin embargo, si se me condena, no os negaré que prefiero morir ahorcado que bajo el puñal de *Pedro el Negro*.

—¿Y por qué fuisteis á verle aquella noche?

—Vaya, voy á contaros la historia de cabo á rabo; pero antes tendréis la bondad de darme una silla. Esta postura es muy incómoda. ¡Ajajá! Mi conocimiento con el capitán Carey no era de ayer. En Agosto de 1883, cuando le encargaron del mando de *La Licorna*, yo formaba parte de la tripulación como arponero auxiliar. Después de algunas peripecias en los mares polares, emprendimos la vuelta á Inglaterra. Teníamos viento contrario y en medio de una rabiosa tempestad Sudeste nos encontramos con un buque naufrago. A bordo de él no había más que un sólo hombre, que no era marino, y nos dijo que la tripulación abandonó el buque desde el primer momento y que debía de haber perecido. Se trasladó á nuestro buque y durante la travesía celebró muchas y reservadas conferencias con nuestro capitán. Todo su equipaje consistía en una caja de hojadelata. Nadie supo su nombre y una noche desapareció del buque. A bordo se atribuyó su desaparición á alguna imprudencia ó á un suicidio; pero

nadie, excepto yo, sabía la verdad. Yo, estando de cuarto una de las noches más oscuras, cerca ya de los faros de Shetland ví al capitán atar una bala á los pies del náufrago y arrojarle por la borda. Callé lo que había visto en espera de los acontecimientos, y cuando llegamos á Escocia ya nadie hablaba del encuentro que habíamos tenido en alta mar ni de la misteriosa desaparición del náufrago. Poco tiempo después Pedro Carey dejó el mando de *La Licorna* y pasaron bastantes años sin que yo lograra descubrir su retiro. Como comprenderéis, yo tenía la seguridad de que el capitán había asesinado á aquel hombre para apropiarse la caja de hojadelata y estaba dispuesto á hacerle pagar caro mi silencio.

Llegué á Londres y un compañero me dió las señas de Carey. Inmediatamente fuí á verle, y en nuestra primera entrevista estuvo muy razonable, mostrándose dispuesto á darme una cantidad lo suficientemente crecida para permitirme vivir tranquilamente lo que me restaba de vida. Convinimos en que nos veríamos dos noches después para ultimarle todo. Acudí á la cita y desde el primer momento comprendí que estaba algo bebido, lo cual le ponía de un humor insufrible. Nos sentamos, y mientras charlábamos del pasado, bebimos sendos vasos de rom. Poco á poco su mirada se iba haciendo más amenazadora y había más intervalos de silencio en nuestra conversación. Sabiendo la clase de individuo que era, giré la vista en torno mío y me fijé en una panoplia donde había tres arpones. En caso de ataque me defende-

ría con uno de ellos. Por fin estalló. Le ví sacar un cuchillo y venir sobre mí. Rápido como un relámpago cogí un arpón y, lanzándole con todas mis fuerzas, lo atrevesé. ¡Cristol! ¡Qué grito lanzó! Desde entonces lo oigo constantemente. Permanecí un momento sin saber qué hacer. La sangre salía á borbotones, encharcando el suelo. Arrimé el oído á la puerta; no se oía nada. Me armé de valor, y echando una mirada en torno mío, vi la caja de hojadelata encima de un estante. Como tenía tanto derecho á ello como el muerto, la cogí y salí precipitadamente sin fijarme en que dejaba en el suelo una prueba terrible: mi bolsa de tabaco.

Y ahora llega lo más extraño de esta historia. Al salir del camarote oí ruido de pasos. Me oculté entre los árboles y ví un hombre que avanzaba de puntillas, que entró en el camarote y que salió en seguida con los cabellos erizados y el rostro lleno de terror. ¿Quién era? No lo sé. Yo emprendí la marcha también y en lo que restaba de noche recorrí las diez millas que me separaban de Tunbridge Wells, donde tomé el tren que me dejó en Londres con toda felicidad.

Luego, examinando la caja, ví que no tenía dinero y sí unos valores que nunca me atrevería á vender. Había, pues, perdido toda esperanza de enriquecerme, y me encontraba en pleno Londres sin un céntimo en el bolsillo. Ví los anuncios de una agencia marítima, en los cuales se prometía colocación para arponero en condiciones inmejorables, y

acudí á la agencia, que me envió aquí, en busca del capitán Basil.

Es todo lo ocurrido; y si bien es verdad que he matado á *Pedro el Negro*, la justicia debe tener en cuenta que la he ahorrado el gasto de verdugo y de sogá para ahorcarle.

—Perfectamente—dijo Holmes levantándose y encendiendo la pipa.—Me parece, amigo Hopkins, que haríais bien en trasladar á este hombre á un sitio más seguro. Este cuarto no reúne las suficientes condiciones, y además el Sr. Patrick Cairus ocupa mucho sitio.

—No sé cómo expresaros mi agradecimiento, señor Holmes—contestó Hopkins;—pero no he de ocultaros que estoy rabiando por saber cómo habéis descubierto todo.

—Pues sencillamente, porque desde el primer momento seguí la buena pista. Si los periódicos hubieran dado cuenta del descubrimiento del cuaderno, tal vez me habría desorientado como vos; pero no fué así, y me formé mi composición de lugar, fijándome en que todos, absolutamente todos los detalles indicaban la presencia de un marinero: la fuerza hercúlea, la destreza y seguridad en el manejo del arpón, el rom, la bolsa del tabaco, la calidad de este tabaco, etc. Además, estaba seguro de que las iniciales *P. C.* que llevaba la bolsa, no eran las de Pedro Carey, puesto que el ex capitán no fumaba, sino las de otro nombre, que por rara coincidencia empezaba con las mismas letras. Recordaréis que os

pregunté si había más licores que el rom en el camarote?

—Lo recuerdo. Y os contesté afirmativamente, asegurando que estaban intactas las botellas.

—Era otro detalle. Ningún inglés, á no ser marino, concede esa preferencia tan exclusivista al rom.

—¿Y cómo descubristeis al asesino?

—Esto era más sencillo todavía que lo anterior. Desde el momento en que tenía la seguridad de que se trataba de un marino, comprendí que tenía que ser alguno de la tripulación de *La Licorna*, puesto que Carey no había mandado ningún otro barco. Puse varios telegramas á Dundée, y por fin obtuve los nombres de todos los individuos que sirvieron en *La Licorna* el año 1883. En cuanto supe que había entre los arponeros un tal Patrick Cairus, di por terminadas mis pesquisas. Seguro de que Cairus no tendría actualmente más deseo que salir de Inglaterra cuanto antes, frecuenté los tugurios, los muelles, las tabernas, todos cuantos lugares visita la gente de mar. Y aquí y allí dejé la convicción de que se preparaba una expedición ártica á las órdenes del capitán Basil, y que la tripulación estaría espléndidamente recompensada. Ya habéis visto el resultado.

—¡Maravilloso!—exclamó Hopkins.

—No; es cuestión de lógica sencillamente—repuso Holmes. Ahora lo que debemos procurar antes que nada es la libertad del joven Neligan. Le debéis un sin fin de excusas, y convendrá también hacerle entrega de la caja de hojadelata. Respecto á los valo-

res que vendió Pedro Carey hay que darlos por perdidos para siempre... Ahí tenéis el coche, querido. Ya podéis llevaros á esta buena pieza. Si acaso tenéis necesidad de mí para el proceso, ya os dejaré mis señas. El amigo Watson y yo vamos á hacer una excursión por tierras de Noruega.

FIN DE LA «RESURRECCIÓN DE SHERLOCK HOLMES».

INDICE

	<u>Págs.</u>
La casa vacía	5
El misterio de Lower Norwood.	51
Los monigotes	99
Un drama de familia	147
Pedro el Negro.	201